

MANOLITO GAFOTAS



ELVIRA LINDO

POBRE



MANOLITO

ILUSTRACIÓN
EMILIO URBERUAGA



Seix Barral Biblioteca furtiva

Elvira Lindo

Pobre Manolito

Ilustraciones de Emilio Urberuaga

ESTO ES SÓLO EL PRINCIPIO



Aquí estoy otra vez. Soy Manolito, el mismo de un libro que se llama Manolito Gafotas. Hay tíos que se piensan que saben todo sobre mi vida por haber leído ese libro. Hay tíos en el planeta Tierra que se creen muy listos. Dice mi abuelo Nicolás que con mi vida se podrían rellenar enciclopedias; y no lo dice porque sea mi abuelo, lo dice porque es cierto. En los ocho años que llevo viviendo en la bola del mundo (del mundo mundial) me han pasado tantas cosas que no me daría

tiempo a contarlas en los próximos noventa y dos años; y digo noventa y dos porque a mí, si pudiera elegir, me gustaría morirme a los cien años; es que morirse antes no merece la pena. Es lo que yo le digo a mi abuelo:

—Morirse a los ochenta y siete no mola, abuelo; te mueres a los cien años y quedas como un rey, con dos ceros como catedrales.

Yo no puedo entender a esas personas tan importantes que se ponen a escribir sus memorias cuando son viejos y sólo les sale un libro de 357 páginas. Te digo una cosa: yo tengo sólo ocho años y a mí, ahí, en 357 páginas, mi vida no me cabe. Así que tendré que escribir libros y libros y libros para que te vayas enterando de la verdad de mi vida: Manolito se compra un chándal, El Imbécil tiene nombre, Los chistes de Manolito, Manolito en Nueva York. Bueno, este último es de ciencia ficción, porque yo en Nueva York no voy a estar nunca; es una tradición que hay en mi familia, la de no ir nunca a Nueva York; es casi tan antigua como la de comer doce uvas en Nochevieja o bailar la conga en las fiestas de Carabanchel. Hasta donde yo puedo saber de mis antepasados ninguno fue a Nueva York, y no creo que yo vaya a ser el primero, porque en mis ocho años de vida en este planeta no

he sido el primero en nada; pregúntaselo a mi sita Asunción, que me definió al acabar el curso como «el clásico niño del montón». Pero no quiero adelantarte el final del libro, no voy a ser como el Orejones, que se va tres días antes que tú a ver una película para contarte el final y reventártela. Es una gracia típica de mi gran amigo (aunque sea un cerdo traidor).

En este libro vienen algunas de las aventuras que me pasaron en los últimos meses, y son tantas, tantas, las cosas que me ocurren todos los días que me costó mucho decidirme por cuáles contarte. Y lo malo es que todo el mundo tenía que meter baza:

Yihad me dijo que si no sacaba la aventura del silbato nos veríamos las caras un atardecer en el Parque del Ahorcado.

La Susana Bragas-Sucias me pedía todos los días un capítulo para ella sola:

—... Y no como en el otro libro, que sólo contaste lo de las bragas, gracioso —me dijo.

La Luisa no quería que apareciera la historia de los cochinitos, pero, como en el fondo le hacía mucha gracia, me propuso que a ella y a Bernabé les sacara con seudónimo. Al final, se me olvidó y están con sus verdaderos nombres. Mi madre ha dicho:

—Ya veremos las repercusiones del librito en el barrio.

El Imbécil, como de momento es analfabeto, tiene una única obsesión: que le saquen continuamente en los dibujos. Así, cogerá el libro, señalará sus retratos con el chupete (llenando las hojas de babas) y dirá:

—Yo.

Y pasará las hojas hasta que vuelva a encontrarse. Cuando sepa leer exigirá ser el protagonista. Fijo.

La madre de Arturo Román llamó a mi madre para decirla:

—Con lo amigo que es mi Arturo de Manolito y la vez anterior el pobre sólo decía una frase.

El Orejones me confesó el otro día que después de mucho pensar ha llegado a la conclusión de que las partes que más molan son las que sale él.

—Te lo digo con el corazón —me dijo llevándose la mano al lado derecho (su fuerte no es la anatomía humana).

El dueño de El Tropezón me pidió que no sacara que el año pasado intoxicó a medio Carabanchel Alto con una ensaladilla rusa que estaba caducada; así que ese capítulo lo guardaré para hacerle chantaje de vez en cuando.

Los únicos que no han protestado ni han pedido nada han sido mi padre (aunque sé que está muy contento porque en este libro aparece cantidad) y mi abuelo, que, viendo que entre unos y otros no me dejaban en paz, me dijo:

—Tú a tu bola, Manolito; si quieren salir en un libro que se lo escriban ellos.

Así que eso he hecho, he ido a mi bola, que para eso soy el que cuenta estas espeluznantes historias.

Antes de que se me olvide: quiero darle las gracias a Paquito Medina, que me corrigió las faltas de ortografía. Se había ofrecido a corregírmelas la sita Asunción, pero yo no tenía ganas de que luego me pasara por el morro lo pedazo de bestia que soy; además, si la dejo el libro a la sita seguro que me lo cambia de tal manera que me lo convierte en La sirenita. Estoy seguro de que Paquito Medina nunca le dirá a nadie que me tuvo que corregir 325 faltas.

Aquí tienes el segundo tomo de la gran enciclopedia de mi vida. Prepara sitio en la estantería porque esto es sólo el principio.

EL BUENO, EL FEO Y EL MALO



No veas la bronca que me cayó; todavía me tiemblan las piernas. Y no sólo fue la bronca; mi madre me puso el castigo más terrible de la historia del rock and roll. Cuando me estaba gritando todas las humillaciones a las que iba a ser sometido durante este fin de semana, la dije:

—Por favor, ¿podrías ir más despacio que lo voy a apuntar en un papel?

Y mi madre gritó más si cabe para decir:

—Encima con cachondeíto.

Ella es así, más chula que un ocho. Apunté mi castigo en un papel y mandé a mi abuelo Nicolás a hacer fotocopias para poner una copia en todos los lugares estratégicos de mi casa, esos lugares que yo visito con mucha frecuencia: el váter, la nevera, la tele y el sofá. No me podía arriesgar a olvidarme; las represalias de mi madre pueden ser terribles; no la conoces bien.

Mi castigo consiste en:

1. No verás la televisión en todo el fin de semana. Y no preguntarás continuamente: «Entonces, ¿qué hago?»
2. No llamarás al Imbécil «el Imbécil» (el Imbécil es mi hermano pequeño). Y no preguntarás continuamente: ¿alguien me puede decir cómo se llama el Imbécil?
3. No saldrás con tus amigos al Parque del Ahorcado.
4. No recibirás paga durante dos fines de semana.
5. Comerás verdura sin decir «Qué asco».
6. Ayudarás a poner y a quitar la mesa.
7. No le esconderás la dentadura al abuelo.
8. No le pedirás recompensa por encontrarle la dentadura.

-
9. Te lavarás los pies todas las noches.
 10. No comerás bollicaos hasta nueva orden.

Cuando mi abuelo leyó estos diez mandamientos me dijo al oído, para que no lo oyera mi madre:

—Manolito, yo hubiera preferido ir a la cárcel.

A la cárcel... Qué cerca he tenido la cárcel estos días. Esas cárceles que dice mi *sita* Asunción que debería haber para los niños como nosotros, unos niños que no tienen vergüenza.

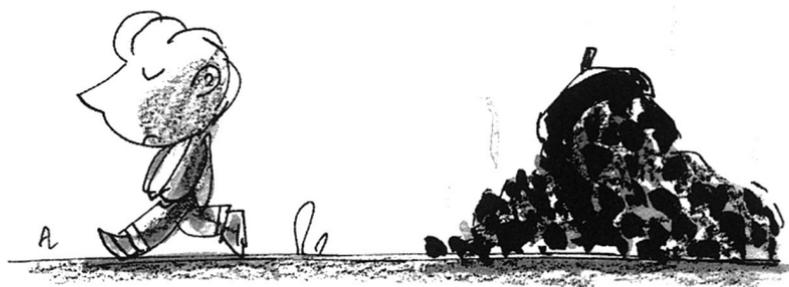
A mí me gustaría tener un ángel de la guarda de esos que dice la Luisa que tenían los niños de antes para sacarles de todos los aprietos de su vida (la Luisa es mi vecina de abajo). Dice la Luisa que cada niño de antes tenía su ángel de la guarda invisible en su chepa y que, por ejemplo, iba un coche a pillar al niño y el ángel de la guarda hacía que el coche se estrellara contra un árbol en el último instante mortal para que el niño pudiera seguir su camino feliz por en medio de la carretera. Y por ejemplo, otro ejemplo: iba ese niño por el campo y se formaba una tremenda tormenta y un rayo asesino iba a caer sobre la espalda del niño, pero entonces un agricultor bondadoso se interponía entre el rayo

y el niño, y, mientras el agricultor agonizaba en el suelo, el niño seguía andando sin enterarse ni dar las gracias, porque todo había sucedido a sus espaldas. Y todo gracias al trabajo del ángel de la guarda, que, la verdad, con un niño como ése debía de estar el pobre al borde del infarto de miocardio.

El ángel de la guarda era como una especie de Supermán, pero en vez de capa llevaba alas porque por algo era... ¡el ángel de la guarda! Pero ahora ya, en nuestros días, ese ángel no se lleva: es un ángel pasado de moda. A mí por lo menos nunca me ha guardado las espaldas, ni a ningún niño de Carabanchel Alto, y mira que me haría falta porque soy especialista en meterme en líos.

Cómo me habría gustado que ese ángel me hubiera avisado del mogollón que se iba a montar por hacer caso al chulito de Yihad. Empezaré mi estremecedora historia por el principio de los tiempos mi:

El otro día estábamos jugando el Orejones y yo con un escarabajo pelotero que nos habíamos encontrado en el Parque del Ahorcado cuando viene Yihad, el chulito de mi barrio, y nos dice:



—Mientras vosotros estabais aquí haciendo el primo con el escarabajo, yo estaba robando en la panadería de la señora Porfiria.

La panadería de la señora Porfiria es la más famosa de Carabanchel Alto; sus especialidades son los yogures pasados de fecha y el chóped rancio. Te recomiendo que vengas algún día a probarlas. En mi familia ya no podríamos imaginarnos la vida sin estos manjares.

Pero a lo que iba, que Yihad dijo «he estado robando», y para demostrarlo va el tío y se saca de los bolsillos chicles, caramelos, emanen-se-deshace-en-tu-boca-no-en-tu-mano y un bollicao. Dijo también que se había dado cuenta de que robar estaba chupao y que no pensaba pagar en ninguna tienda hasta que no tuviera edad para tener una tarjeta Visa. Dijo que pagar con tarjeta molaba, pero que pagar con monedas era un atraso y una horterada.

Así lo dijo, con estas palabras. El Orejones y yo lo escuchábamos con la boca totalmente abierta. Yo sabía por mi abuelo que uno no debe robar ni hacer daño a la humanidad, pero claro, de repente te viene un tío que lo tiene tan claro que, a ver, uno no es

de piedra. Total, que quedamos para el día siguiente a la misma hora en el mismo sitio; la cita de la banda asesina era:

Parque del ahorcado. 17 horas

¿Y por qué a las 17 y no a las 18?, se preguntarán bastantes españoles: porque a esa hora es cuando todos los niños de todos los colegios de mi barrio llenamos la panadería de la señora Porfiria, según mi madre, para hacerla millonaria con todas las marranadas que le compramos.

Nuestro plan era aprovechar esos momentos en que la panadería está «apestada» de gente para poder actuar entre la terrible confusión.

Al día siguiente, el día A (A de Atraco), un cuarto de hora antes de la hora acordada, ya estábamos los tres en la farola del Parque del Ahorcado para darle nuestros últimos toques al plan P (P de Porfiria). La verdad es que no teníamos mucha pinta de atracadores. No es fácil pasar de ser un niño estupendo a un peligroso delincuente. Nos subimos el cuello de la cazadora para darnos un toque salvaje.